

La negativa de mi visa para asistir al congreso de LASA

by Dora María Téllez | dtellez@cable.net.com.ni

El año recién pasado, después de casi un año de espera por una respuesta a una solicitud de visa para entrar en los Estados Unidos, recibí una notificación oficial del gobierno de los Estados Unidos afirmando que mi presencia en territorio norteamericano no era admisible, alegando una sección de la *Ley de Inmigración y Nacionalidad* de los Estados Unidos que tipifica las actividades terroristas.

En esa ocasión, pretendía ingresar a la Universidad de San Diego para mejorar mi inglés, mientras preparaba los cursos que debía impartir en la primavera del año 2005, en la Universidad de Harvard, donde ocuparía la cátedra de Profesora Visitante de Estudios Latinoamericanos “Robert Kennedy”.

No era la primera vez que estaría en los Estados Unidos, pues en otras ocasiones había estado en misión oficial bien como funcionaria del gobierno nicaragüense, o como legisladora, o cumpliendo invitaciones de otras universidades.

Así que la respuesta no dejó de sorprenderme, más aún conociendo las implicaciones de los alegatos expuestos. El gobierno de los Estados Unidos me ha señalado como terrorista en un momento en que de acuerdo a las aseveraciones de sus más altos funcionarios, están en una guerra sin cuartel contra el terrorismo, lo que me ha colocado como un objetivo a eliminar, un blanco de la acción de las agencias del gobierno norteamericano, atentando contra mis derechos humanos, amenazando mi vida, mi seguridad, integridad y tranquilidad.

Según he sabido, la denegatoria de visa alegando terrorismo, está basada en mi participación activa en la lucha contra la dictadura somocista en la década del setenta. Estos son hechos públicos y conocidos de los que me siento profundamente orgullosa. Ciertamente participé en la guerrilla sandinista en las montañas de Nicaragua, en el asalto al Palacio Nacional, sede del parlamento somocista y fui jefe de las fuerzas insurreccionales en la región occidental del país. En mi país, estos son actos respetados, pues contribuyeron a hacer posible la condición actual de democracia de Nicaragua.

Pero, sé que mi caso no es único. Es parte de una cadena de hechos que han llevado a la misma situación a muchos académicos latinoamericanos y de otras partes del mundo. En el caso de América Latina, muchos académicos, artistas y personalidades del ámbito cultural, distinguidos y respetados, participaron de manera activa en la lucha política contra la dictadura de turno, en su respectivo país. No pocos han pasado muchos años en un doloroso exilio, otros tuvieron que enfrentar todo tipo de amenazas de muerte y de cárcel, muchos perdieron familiares y amigos, para lograr que se estableciera la democracia y se respetaran los derechos humanos.

Pero, a la fecha, pareciera que hay una maquinaria en marcha que no puede distinguir entre un acto terrorista y uno de justicia o de necesidad de libertad y democracia de una sociedad. Y pareciera que todo discurso que sostenga una posición diferente está sometido al escrutinio y al control oficial, ajeno a la vocación del pueblo norteamericano de conocer los distintos puntos de vista sobre la realidad y decidir con plena libertad de información.

Creo que esta es una manera de censurar, de coartar la libertad de expresión que afecta a ambos lados del Río Bravo, pues el intercambio de ideas, de experiencias, perspectivas y puntos de vista, enriquece a todos los pueblos.

Definitivamente, restringir la libertad en nombre de la libertad sigue siendo un contrasentido. De esta manera, muchos académicos latinoamericanos están siendo limitados para expresarse libremente en los Estados Unidos, un país que posee una importante población de raíces latinas, que están volviendo el rostro a las bases culturales, sociales e históricas de su identidad, que está siendo ya, también, parte de la identidad norteamericana.

Esos miles de latinos y sus descendientes, están ahora preocupándose cada vez más por mejorar sus condiciones, las de sus familias y comunidades, a la vez que mantienen la mirada y contribuyen decisivamente a que mejore la situación de sus familias en América Latina.

Desde el ámbito cultural y académico hay una oportunidad de cultivar un encuentro que no sea administrado por “coyotes”. Hay la posibilidad de fomentar un intercambio mutuamente beneficioso, en aulas y auditorios, libre y amistosamente.

Restringir la palabra en los Estados Unidos a académicos latinoamericanos impide ese valioso encuentro posible.

[La autora es ex-comandante del Frente Sandinista de Liberación Nacional y ex-miembro del gobierno de Nicaragua, 1979 – 1990.] ■